

SAN PEDRO DAMIÁN

APOLOGÍA POR HABER RENUN-
CIADO AL EPISCOPADO

Apologeticus Ob Dimissum Episcopatum

SABBATISMUS

San Pedro Damián (1007–1072)
Apologeticus Ob Dimissum Episcopatum · Apología por haber renunciado al episcopado

Texto latino: dominio público.
Traducción, alineación y edición © 2026 Inversiones San Juan Diego (Sabbatismus). Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0).

Sabbatismus es la editorial de la fundación Inversiones San Juan Diego, San Pedro Sula, Honduras.
Compuesto en EB Garamond y Cinzel.
sabbatismus.com

El beato Pedro Damián se excusa ante el pontífice porque, consciente de su propia insuficiencia, abdicó del episcopado; para que nadie, sin embargo, le atribuyera esto a inconstancia (pues no está permitido deponer un gobierno una vez asumido), responde brevemente, y con los ejemplos de muchos Padres que no quisieron aceptar el episcopado que se les ofrecía, muestra que ha tomado el consejo más seguro de aliviarse de tan gran carga: además, declara que es cosa ardua y muy laboriosa presidir a otros y desempeñar el oficio del episcopado.

Al muy amado elegido de la sede apostólica, y vara de Asur, HILDEBRANDO, PEDRO, monje pecador, [ofrece su] servicio.

Cuentan quienes se han afanado en investigar las naturalezas de las cosas, que esto es naturalmente propio de los lince: que cuando miran hacia atrás, al instante olvidan lo que ha precedido. Es decir, la mente pierde al mismo tiempo lo que el ojo ha dejado de ver. Y aunque esta bestia supera a todo género de fieras con tal agudeza de vista que puede incluso penetrar paredes de piedra, padece este vicio: que cualquier cosa de la que aparta una vez los ojos, no la vuelve a traer después a la memoria. Diría que usted guarda cierta semejanza con estos animales, si la reverencia por su grandeza no me lo impidiera. Pues es admirable que una prudencia tan aguda, y más aún, lo que es mucho más glorioso, una caridad tan sincera y ferventísima, que me acoge afectuosamente cuando estoy presente, nunca se digne a visitarme cuando estoy ausente, ni por

escrito ni de palabra. Además, como no merezco cartas tuyas, si tratara con otros, diría que aquella epístola de caridad, de la que habla el Apóstol, no está escrita en su caso en las tablas carnales del corazón (2 Cor. 3), sino que, como dicen, ha sido borrada de las más profundas ceras. Pero mientras atiendo a lo que digo, debo considerar no obstante a quién le hablo. Por lo cual, como no me atrevo a usar de la libertad de hablar, pongo un dedo sobre mi boca. Habiendo, pues, extendido hasta aquí la queja de esta recriminación, expondré brevemente aquello que mi ánimo vierte con más ardor.

Bendita sea la omnipotente dispensación del Creador, porque, al subir recientemente a vosotros, abrumado por el peso de dos obispados —uno para regir, el otro para visitar—, atravesé las escarpadas cumbres de los Alpes, y tan pronto como me despecé de la carga de la tribulación, exonerado y libre, regresé a mi amada soledad como un fugitivo que vuelve a su patria. Me complace, pues, con cierta energía del espíritu, mover los pies como si hubieran estado largo tiempo rozados por el cepo, levantar el cuello como si hubiera sido domado por duras cadenas, y cantar con alegría aquel verso profético: «Rompiste, Señor, mis cadenas; te ofreceré un sacrificio de alabanza (Salmo 115:17)». Sabéis bien, y lo tenéis por cierto, que estas cargas me fueron impuestas, no asumidas; y, por así decirlo, no entré en la red, sino que fui violentamente atrapado en ella. Por lo cual, habiendo encontrado la ocasión, he arrojado con gusto el peso que antes no había asumi-

do voluntariamente. Y porque vosotros sois la Sede Apostólica, vosotros sois la Iglesia Romana, me pareció correcto, para deponer y devolver lo que no podía soportar, no acudir a una fábrica de piedras, sino más bien a aquellos en quienes vive el sacramento de la misma Iglesia. En efecto, durante la persecución judaica, dondequiera que estuvieran los apóstoles, allí se decía que estaba la Iglesia primitiva. Ahora también, cuando aquel Simón, es decir, el viejo cambista, prepara sus martillos y su yunque, cuando usurpa la ciudad de Roma como un taller para sí a través de los acuñadores de su pestífero negocio, a dondequiera que Pedro, huyendo con vosotros, os atrae, allí muestra a todos, sin lugar a dudas, que está la Iglesia Romana. Por tanto, cuando decidí renunciar ante vosotros al gobierno eclesiástico, no erré; porque a la Iglesia Romana, que sois vosotros, restituí dignamente lo que era suyo: y, para confesaros que me he confesado, por esta renuncia se me impuso consecuentemente una penitencia de cien años, a través de aquellos remedios, ciertamente, que están instituidos en las reglas monásticas. Y si esto parece poco, añadid vosotros más: incluso, si os place, entregadme voluntariamente a la custodia de una cárcel. En efecto, después de tantos excesos de vagabundeo y de perniciosa libertad, ¿qué queda, sino que me contenga la censura del destierro y del silencio? Pero aquí, tal vez, aquel tirano adúlador —que siempre se ha compadecido de mí con piedad neroniana, que me ha calmado abofeteándome, que ciertamente me ha acariciado, por así decirlo,

con garra de águila— prorrumpirá quejumbroso con estas palabras: «He aquí que busca un escondrijo y, bajo el pretexto de la penitencia, trata de eludir el acceso a Roma; maquina para obtener el ocio de la desobediencia y, mientras los demás se precipitan a la batalla, él busca para sí la opacidad de una sombra degenerada». Pero a esto, mi santo Satanás, respondo lo que se sabe que los hijos de Rubén y de Gad respondieron a Moisés, su caudillo: «Nosotros —dijeron—, armados y ceñidos, iremos al combate delante de los hijos de Israel, hasta que los introduzcamos en sus lugares; nuestros pequeños y todo lo que podamos poseer estarán en ciudades amuralladas por causa de las asechanzas de los habitantes; no volveremos a nuestras casas hasta que los hijos de Israel posean su heredad, ni buscaremos nada al otro lado del Jordán, porque ya tenemos nuestra posesión en su ribera oriental (Números 31)». De este modo, pues, os acompañaré ciertamente y tomaré las armas, pero una vez que seáis vencedores en la batalla con Cristo como vuestro guía, me retiraré pronto. Por tanto, diré esto al elegido del Señor, lo que también Barzilai el galaadita, descendiendo de Rogelim, dijo al rey David: «Tu siervo avanzará un poco contigo más allá del Jordán; te ruego que tu siervo regrese, para que muera en mi ciudad (II Reyes 19)».

CAPÍTULO II.

Que el episcopado puede a veces ser depuesto.

Aquí quizás se me objeta que no es lícito abandonar un gobierno una vez aceptado. A lo cual digo brevemente lo que siento: que muchos no abandonan los derechos del pontificado, y son de los de la izquierda; mas de cuantos leemos que lo han abandonado con recta intención, hay una esperanza cierta de que gozan de la eterna sociedad con Cristo. Y no decimos esto para que sea lícito abandonar el episcopado indiscriminadamente, a no ser que, ciertamente, una gran necesidad obligue a hacerlo. En efecto, el bienaventurado Valerio, mientras se provee de un sucesor, entroniza al gran Agustín como obispo de la Iglesia de Hipona. Lucido, obispo de Ficocle, cuando reconoce que su propia muerte es inminente, vuela al puerto de la orden cenobítica, y cambia las ínfulas de la dignidad sacerdotal por los hábitos monacales: y para que sepas qué le confirió esta conversión, como atestigua la historia auténtica del Registro, en el mismo momento de su muerte, la gracia del Espíritu Santo resplandecía muy alegremente en su rostro. A él, ciertamente, incluso antes de morir, se le apareció el bienaventurado apóstol Andrés y le anunció a qué hora había de partir de su cuerpo.

¿Qué diré del bienaventurado mártir Adalberto? ¿Quién, en efecto, porque pospuso la cátedra de la Iglesia de Bohemia y vistió el hábito monacal, mereció encontrar la corona triunfal del martirio? Y, para callar a propósito sobre los demás, cierto santo penitente, cuyo nombre se me escapa en este momento, habiendo ya renunciado a su episcopado hacía unos siete años, fue finalmente

ordenado por un ángel visitante que regresara al episcopado; pero se negó, hasta que, por amonestación del mismo ángel, el bienaventurado Remigio llegó con celeridad. Y así, para que el engaño no pudiera quizás infiltrarse, temiendo incluso las cosas seguras, cedió al mandato humano, él que se había mantenido rígido ante el oráculo angélico.

También aquel obispo de Sabina, que abandonó el trono pontificio y, habiendo despreciado la dignidad sacerdotal, construyó el monasterio de Farfa, cuán noble varón fue en Cristo lo atestigua la antigua tradición, que celebra las insignias de su santidad, y la devoción moderna, que frecuentemente honra su piadosa memoria con bendiciones. ¡Cuántos, en efecto, tanto antes como después, permanecieron en la misma sede hasta el fin de su vida y de ningún modo ofrecieron a Dios un fruto tan laborioso!

Ni a ti, feliz Bonito, te pasaré por alto, quien, habiendo percibido esta única ocasión —a saber, que te había sucedido recibir la tradición de la Iglesia de mano de un rey, es decir, de un laico—, despreciaste la cátedra y al punto te retiraste a la observancia de una vida más apartada. ¿Qué, pregunto, haría ese hombre si él mismo tuviera que soportar los tormentos con que son afligidos nuestros obispos? ¿Si tropas de escuderos y lanceros acudieran en masa tras su espalda mientras cabalga? ¿Si compañías armadas lo rodearan por todas partes, puesto como si fuera un jefe de un ejército pagano listo para la batalla? ¿Y aquel a quien le habría correspondido avanzar reverente-

mente con un coro de cantores, se vería obligado a oír de un lado y de otro el estrépito de las armas resonantes? De donde resulta que ahora al pontífice no lo acompañan, como es digno, las diversas órdenes de clérigos, sino más bien campamentos y guerreros armados con lanzas vibrantes. Pensemos también qué clase de cosa es esta, que algunos soportan estas cosas incluso de mala gana; y sin embargo, quieran o no, compran a aquellos que toleran más caramente con los predios y recursos de la Iglesia. Diariamente hay festines regios, diariamente preparativos, diariamente un banquete nupcial; y de lo que debería haber refrescado a los necesitados, se recrean los portadores de mesas rojizas. Y mientras que el obispo debería ser el administrador y proveedor de los pobres, en su mesa, con delicias abundantes, eructan los extraños; mientras que aquellos cuya es toda la sustancia, excluidos de lejos, se consumen por la falta de alimento.

Entre todos estos males, sin embargo, uno los sobrepasa, y parece casi igualar la maldad diabólica: porque se dilapidan las fincas en servicio militar, y toda posesión de tierras, y además incluso los diezmos y las parroquias, se añaden como beneficio para los laicos. Esta liberalidad deshonesta, en efecto, priva a los necesitados de sus medios de vida y también disuade a los diocesanos de pagar sus diezmos. Un mismo acto, es decir, sustrae el subsidio corporal a los primeros y procura un peligro para las almas de los segundos. Que todo esto redunde sobre la cabeza del mal donante, no hay duda; si, sin embargo, su

propia vanidad lo arrastra a esto, y no una antigua necesidad lo compele. Y, en efecto, muchas cosas me vienen a la mente que añadiría sobre las múltiples tribulaciones de los obispos, si la regla de la brevedad epistolar no me lo impidiera.

¡Pero, oh, qué ultraje! La sede apostólica por sí sola me atormenta tanto que me aparta de decir todas estas cosas. En cuya sede, en efecto, mientras solemos admirar a un prelado de reverenda majestad, ahora vemos a Minción, una persona de carácter despreciable. Aquel venerable varón había experimentado estas cosas, a saber, Pedro, obispo de Apsaros [corregido a Ausaros como en la obra superior]; quien renunció a su episcopado y, navegando desde el reino eslavo hacia Italia, desembarcó en las costas de la ciudad de Ancona. Este, mientras me exponía sus quejas sobre la reverencia de todo el reino hacia él y enumeraba los fastidios de una molesta inquietud, mencionó entre otras cosas una que no puedo permitir que se os oculte. «Cierta hombre», dijo, «degenerado en sus costumbres, pero distinguido por los títulos de sus antepasados, se unió en vínculo nupcial a una pariente de su propia familia». ¿Qué más? Aunque se le prohibió, persistió; excomulgado, se aferró a ella; y consideró toda la fuerza de la censura eclesiástica como fábulas pueriles. A él, ciertamente, le sucedió esto como señal de la indignación divina: que los panes de las mesas nupciales, arrojados a las calles ante las fauces de los perros, no fueron tocados en lo más mínimo. ¡Además, oh, la temible severidad del castigo divino! Mientras se mantenía rígido, mientras no se

humillaba ante los preceptos sacerdotales, aquel que no quiso velar por su propia salvación, un rayo que irrumpió de repente desde los cielos lo extinguió mientras dormía en su aposento. Así, así al morir experimentó la sentencia del furor divino, quien mientras vivió había despreciado aplicar la medicina a su propia herida. Hemos dicho esto, sin embargo, para mostrar qué hombre de santa autoridad fue aquel que abandonó su episcopado.

Pero mientras proseguimos con estos asuntos, nos viene a la mente también aquello que tú mismo, venerable Hildebrando, nos dijiste recientemente: y aunque no parezca ser de gran importancia para el asunto que nos ocupa, sin embargo, al ponerlo por escrito de alguna manera, para que el abismo del olvido no lo engulla por completo, lo atamos con pequeñas estacas, como si fuera una cosa arrastrada por las olas. Pues, según recuerdo que relataste, el obispo de la Iglesia de Novara te narró estas cosas, para usar sus propias palabras. «Cuando», dijo, «en las tierras de los teutones viajaba yo como compañero de cierto obispo, y siendo ya inminente la hora de la comida, él, no teniendo nada que ofrecerme que fuera decente, comenzó a agitarse y a buscar ansiosamente de dónde podría, estando en camino, socorrerme». Y mientras por un lado la necesidad lo apremiaba y por otro la caridad expandía su espíritu, hallándose en un aprieto no sabía en absoluto qué hacer; cuando he aquí que de repente unas grullas, como si expresaran una letra con su formación congruente, disponiéndolo-

se en una serie pareja como si formaran diversos campamentos a cada lado bajo un solo líder, comenzaron a volar en bandadas sobre nuestras cabezas. Entonces el obispo, erguido firmemente en el fervor de la fe, dijo: «Señor, ordena que una de estas grullas sea derribada hasta nosotros, para que tu siervo pueda satisfacer la caridad con el don de tu bendición». ¡Oh, la admirable celeridad de la escucha divina! Apenas la palabra sale de su boca, cuando al instante una grulla de no pequeño cuerpo se precipita a tierra ante nuestros rostros; y así la fe, que obraba por la caridad, se cumple. Al relatarme tú estas cosas, inquirí de inmediato, diciendo: «¿Era aquel obispo un hombre espiritual?». Tú, como habías aprendido no sé de qué modo, respondiste que el hombre vivía para su propia carne, para que quedara claramente patente que no la rectitud de vida, sino la fe unida a la caridad, había obtenido este poder.

Añadiste también que habías sabido, por el relato del beato León, pontífice de la sede apostólica, que había existido un obispo de conducta igualmente carnal e inconsiderada, que había obtenido del Señor tan gran gracia, sin merecerla, que frecuentemente mostraba virtudes y señales; más aún, incluso expulsaba demonios de los cuerpos poseídos con el imperio de una gran autoridad. Entre estas señales de virtudes, en efecto, sucedió también una vez que, en presencia del mismo León de santa memoria, se presentó un endemoniado; y cuando el mencionado obispo ordenó al espíritu de maldad que se marchara, y este se resistió con ciertas palabras obstinadas

de soberbia, finalmente, conjurado terriblemente por el nombre de Cristo, no pudo resistir más. Y cuando sacudía la cabeza del desdichado hombre de un lado a otro, erizando sus cabellos con un cierto pavoroso horror, y abría la boca con ciertos esfuerzos como para vomitar, el obispo intervino al instante: «De ninguna manera», dijo, «saldrás por la boca, como intentas; lo que pretendes será completamente frustrado. Te ordeno que salgas por las partes posteriores, pues no te permito la entrada a la boca». «Por tanto, por los sórdidos conductos, habitante inmundo, sal, y deja tras de ti huellas fétidas, como mereces». Apenas había completado las palabras, y al instante el espíritu malignísimo fue expulsado en un flujo del vientre.

CAPÍTULO IV.

Dios recompensa con un milagro la misericordia de un cierto obispo hacia un pobre.

Igualmente, otro obispo, como tú mismo has dicho, estando extremadamente sediento, ordenó que se le trajera vino. Y cuando el copero hubo vaciado por completo todo lo que había en la pequeña vasija en la copa y se la hubo llevado al obispo, he aquí que un pobre exigía con insistentes ruegos que se le diera, diciendo que, a causa de su extrema sequedad, si no bebía, moriría al instante. Por el contrario, el sirviente afirmaba que no había dejado nada en la vasija y que de ninguna manera se podía encontrar otro vino en aquel lugar. Así pues, el fuerte obispo, atrapado

en estas angustias, y como por un lado no podía, evidentemente, posponer su sed, mientras que por otro juzgaba impío que él bebiera mientras otro estaba en peligro, se apartó de sí mismo y acudió en ayuda de su hermano que sufría en la necesidad. Ordenó, por tanto, que se le diera el vino al pobre; pero entonces, cuanto más se había desvanecido por completo la esperanza de beber, con más ferocidad arreciaba la sed del obispo. Y así, mandó al sirviente que revisara la vasija de vino, por si acaso encontraba alguna gota de consuelo, por muy pequeña que fuera. El sirviente, tras negarse durante mucho tiempo y afirmar constantemente que no había reservado nada, finalmente, no animado por la esperanza sino más bien obligado por la orden, obedeció; y, maravillándose enormemente, encontró la vasija que había dejado vacía, llena de vino.

Cierto abad, según se me ha relatado, llevado por el deseo de un dulce manjar, ordenó que se le consiguiera una lamprea. Y cuando sus sirvientes dijeron que este tipo de cosa difícilmente se podía encontrar en aquel lugar, apareció uno que dijo que había visto una sola lamprea puesta a la venta, que no se podía comprar por menos de veinte sólidos de moneda de Pavía. El abad ordenó que se contara el dinero. Entonces, preparado con la diligencia de los cocineros y suntuosamente cocido, el pescado es servido al abad; pero antes de que pudiera ser tocado, he aquí que un pobre en la puerta pedía ansiosamente que se le diera precisamente aquello que se le había servido al abad. Al instante, el hombre de Dios, sin dudarlo,

envía el pescado entero, tal como estaba, al pobre. Inmediatamente el pobre, que era visto con el mismo plato lleno de pescado, se elevó a lo alto; y sosteniéndolo en equilibrio en su mano, como si llevara un regalo, ascendió al cielo a la vista de todos. De donde se comprueba claramente que lo que se da a los necesitados se transmite a Dios, y lo que ocultamos en el seno de los pobres, lo depositamos en el cielo.

Aquello que ahora añadimos, aunque no sea un milagro, no es sin embargo ajeno a la edificación a la que sirve todo lo que escribimos. Cierta obispo había ordenado que se le preparara una lamprea, quien poco después, mientras asistía devotamente a los sagrados altares durante las solemnidades de la misa, he aquí que el recuerdo de la lamprea lo tentó con el sentimiento de su seductor sabor. Él, como era de mente distinguida, se sonrojó de poder sufrir tales cosas a la vista del oculto y omnipotente inspector, y habiendo regresado tras cumplir sus oficios, mandó que el febril pescado del alma fuera entregado a un pobre. Así, en verdad, la perrilla del placer, que de cualquier modo habría podido vivir bajo la mesa del cuerpo, habiendo irrumpido impúdicamente en el santo de los santos, fue abatida con el garrote de la penitencia y mereció perecer.

Cierta pobre padre de familia poseía una sola moneda en su bolsa, la cual deseaba gastar para comprar algo que comer con su pan. Y mientras, seco y árido de alimentos más suntuosos, daba vueltas a este asunto en su mente durante mucho tiempo, entretanto llegó un pobre y pidió miseri-

cordia. Él, dudando en su ánimo, estaba como situado en una especie de punto central. Pues si la daba, temía por su carne afligida; si la retenía, temía incurrir en la culpa de la misericordia negada. Finalmente, el espíritu venció a la carne, e imitando a la viuda del Evangelio, bajo la apariencia de un pobre prestó su cantidad a Dios, un buen deudor (Marcos 12; Lucas 21). Vuelve a casa; se le pone delante el pan, como era costumbre. La mesa era ciertamente pobre, pero su conciencia era rica en buena esperanza. En efecto, compensaba la pérdida de la carne con la ganancia de la piedad; cuando he aquí que un hombre desconocido, a quien nunca antes había visto, presuroso y ansioso, puso en su mano veinte sólidos de denarios atados en un paño de lino, y diciendo que le eran enviados por su Señor, como si fuera esperado por él, se marchó sin demora. Y cuando este, atónito, quiso preguntar, el otro desapareció.

CAPÍTULO V.

Damián rehúye las labores del episcopado por la gravedad de su edad.

Por lo tanto, no añado los nombres de los hombres, ya que el orden de los hechos se ha fijado más fácilmente en mi mente; pero en cuanto a los nombres, confieso que, al interponerse otras preocupaciones, el olvido se los ha llevado. Tampoco me preocupa mucho parecer un cazador de nombres, con tal de que no se pierda la serie y el orden de los hechos; aunque, en cuanto a estos mismos hechos que escribo, como me tocó

oírlos de pasada, no tengo certeza en todo de si mantienen una línea de fe intachable. Así pues, para que una narración dispuesta sin nombres no haga arrugar la nariz a los lectores fastidiosos, por el momento me abstendré de tales cosas. Y ciertamente es más saludable que, omitiendo todo lo demás, vuelva a mí mismo, me llore a mí mismo, y me ponga constantemente ante mis propios ojos. Pues he aquí que mis ojos ya se oscurecen, y los humores de la flema abundan más de lo habitual. Aparecen las arrugas, y mis encías amenazan la ruina de mis dientes. Finalmente, mi cabeza, que hasta ahora estaba salpicada de canas, ya blanquea con un candor de cisne; la voz enronquece, la fuerza decae; y, ¡ay, qué dolor!, solo la raíz de los vicios en mí ignora por completo la vejez. En verdad, cada día tengo la muerte ante mis ojos, y ya asisto, por así decirlo, presentado ante el tribunal del tremendo juez. Ya, en cierta imaginación de mi mente, espíritus perversos de rostro fiero y aspecto horrendo me asaltan terriblemente mientras tiemblo en mi último aliento; y ya los santos ángeles, amables y níveos, se acercan como para ayudar.

Además, he sabido de algo que sucedió no hace mucho, lo cual, como a menudo conmueve mi mente, suele exagerar mi pavor. Pues cierto penitente vivía exiliado en nuestras tierras bajo el hábito de un peregrino; al preguntársele qué culpa le obligaba al exilio, dijo: 'Iba con mi vecino a cortar leña, y he aquí que una serpiente del tamaño de una viga, levantando sus dos cuellos y cabezas escamosas, se arrastraba con sinuosas

flexiones.' Cuando nos vio caminando por allí, con los ojos centelleantes y, como si afilara sus bocas con lenguas trífidas, inmediatamente nos atacó. Mi compañero al instante, blandiendo su hacha, le cortó una cabeza, y poco después la herramienta cayó de sus manos. Inmediatamente la serpiente, enfurecida implacablemente hasta la rabia, se irguió, levantó la única cabeza que le quedaba y apresó con sus dientes al autor de su herida; tan pronto como lo atacó, lo enredó y envolvió en sus sinuosas espirales y, reclamando al hombre entero con su fuerza, lo arrastró a los escondrijos de una cueva subterránea. Pero mientras era arrastrado, hizo lo único que podía: me suplicaba, me repetía sus clamorosas voces, para que o bien yo acudiera a él como un pronto auxiliador, o bien me apresurara a entregarle el hacha que estaba en mis manos. Pero yo, infeliz y degenerado, expuesto a las llamas vengadoras, y yo mismo más merecedor de ser devorado por serpientes —¡ay de mí, homicida!—, temblé; y cuando debía actuar con las manos, como dictaba la situación, y no con los pies, preparé la huida; y por esta razón sufro este exilio que me impusieron los sacerdotes, y me veo obligado a llorarme como, en verdad, el autor de la muerte de aquel hombre.

Esta historia de una calamidad lamentable de tal modo hace temblar y sacude todo mi corazón, que no puedo ni confiar al estilo el inmenso pavor de mi corazón, ni expresarlo con palabras. Pues a menudo medito: he aquí un hombre y una bestia, los dos juntos en una cueva. No interviene media-

dor, no se acerca rescatador; la piedad ciertamente no ablanda un corazón bestial, especialmente cuando a su voracidad rabiosa se añade también esto: que debe cobrarse una grave venganza por la ofensa infligida. Pregunto, ¿cuál era entonces el aspecto de este suceso, o más bien, cuál pudo ser el estado de ánimo de aquel miserable hombre, cuando se había convertido en presa de un enemigo que no sabe compadecer; cuando no quedaba ninguna esperanza de escapar, sino que, entregado como alimento a dientes sangrientos, saciaría de inmediato su bestial glotonería? Por tanto, a menudo pinto en mi mente la imagen de este espantoso suceso, y luego con temerosa consideración reflexiono sobre cómo aquel dragón, autor de toda crueldad, arrebató y devora las almas, repitiendo a menudo aquel versículo que el Profeta cantaba: «No sea que —dice— arrebaté mi alma como un león, mientras no hay quien redima ni quien salve (Salmo VII)». ¿Cuán larga materia de pavor ofrece una escritura tan breve a las mentes sanas?

Además, se dice que hace un año, en una aldea no lejana de esta región, sucedió que un campesino, habiéndose levantado temprano al romper el alba, vio un dragón de enorme tamaño, sobre el cual, como pensó que era un tronco, pronto se acomodó para sentarse como sobre una viga. La bestia, movida al instante, levantó la cabeza, apresó al hombre con su boca sangrienta y así, en un momento, lo engulló vivo con rabiosa voracidad; y, para que un pavor aún más grave sacuda nuestros corazones y una vigilante solici-

tud nos impulse a temer los juicios divinos sobre nosotros, muy a menudo vemos que estas cosas suceden a hombres más honestos y que viven justamente, mientras que, por el contrario, los hombres carnales y desordenados, como recordamos más arriba, parecen brillar incluso con virtudes.

Pues, para no extenderme más, cierto hombre que regresaba de Jerusalén narró que esto le había sucedido a él y a sus compañeros: que, cuando, cansados por el esfuerzo del viaje, descansaban de noche junto al camino, un león terrible los sorprendió de repente mientras dormían. Ahora bien, un presbítero de piadosa reputación y vida honesta, que ya había regresado cuatro veces de visitar el sepulcro del Señor, descansaba en el medio, rodeado por todas partes por sus compañeros. La enorme bestia, pues, irrumpiendo, no tocó a ninguno de los que encontró primero; sino que, saltando sobre los demás y despreciándolos como si fueran leños arrojados, buscó señaladamente solo al presbítero, lo atacó precipitadamente y, cazador sangriento, expuso su presa a los otros leones que no estaban lejos. Mientras él gritaba y, a oídos de sus compañeros, rugía horriblemente, lo devoraron de repente; e inmediatamente persiguieron a sus compañeros de viaje hasta la torre a la que, aterrorizados, habían subido. Esto, ciertamente, parece bastante terrible a las mentes débiles: que la vara restrinja a los que merecen premios, y que la disciplina celestial vigile sobre aquellos que son dignos de la gracia.

CAPÍTULO VI.

Que el siervo de Dios predice que la ciudad será incendiada, pero no se preocupa por sí mismo.

También parece digno de un temor no pequeño lo que supe por el relato de cierto religioso abad de la diócesis de Pisa (Véanse las escolias al final del opúsculo). Decía claramente que ocurrió en esta época recientemente pasada, que había en cierta ciudad de los teutones un siervo de Dios de santa conversación y buena fama, que moraba en una pequeña celda junto al monasterio. A este le fue revelado que, a menos que el pueblo se contuviera cuanto antes de su depravación por medio de la penitencia, en el plazo de treinta días toda su ciudad sucumbiría al incendio. Él, ciertamente, no solo dio a conocer el misterio de su visión al obispo de la ciudad, sino que también se encargó de divulgarlo por todo el pueblo sin demora. Ellos, sin embargo, perseverando en la malicia de su depravación, pensaron que el hombre de Dios deliraba y, menospreciando por completo las amenazas intentadas por Dios, se dignaron a no corregir sus actos. Además, el hombre de Dios ordena que todas las cosas más preciosas del monasterio sean trasladadas a retiros ocultos, donde pudieran conservarse ilesas de los fuegos.

¿Por qué me demoro en palabras? Finalmente llegó aquel lúgubre día, y de siete regiones de la ciudad surge el fuego vengador. And he aquí que los monjes acuden ansiosos a la celda del siervo de Dios y, ante el peligro inminente, le piden no perezosamente que salga. Él, sin embargo,

se niega por completo y, encomendando todo al juicio divino, espera incommovible qué le plazca a Dios sobre él. El fuego, pues, con globos ardiendo hasta los astros, lo ocupa todo, lo invade todo y no solo incendia todo lo demás, sino también el monasterio, ¡ay!, da pena decirlo, y consumió al mismo siervo de Dios con toda su celda. Este juicio de Dios, ciertamente, no debe ser tanto discutido como temido. Pues, ¿qué intuición de la mente humana es capaz de penetrar el abismo de los juicios divinos, siendo que es ciertamente terrible en sus consejos sobre los hijos de los hombres? (Salmo LXV). Pues, ¿quién hubiera podido creer que aquel que por revelación mereció conocer el exterminio de la ciudad que iba a perecer, se ignorara a sí mismo que iba a ser quemado al mismo tiempo por las atroces llamas? Por tanto, cuando considero estas cosas y otras semejantes en mi mente, cuando las trato con sutil meditación, mientras no sé todavía qué me amenaza aún; ciertamente, con todas mis entrañas temblando, me quedo estupefacto; y pronto vuelvo a las lágrimas, y si el llanto a veces no brota por la dureza del corazón, la mente misma, sin embargo, se consume más gravemente por el dolor. Considero a menudo qué es estar sujeto a dragones insaciables, estar presente entre enemigos irreconciliables, vivir en la muerte, habitar en los fuegos. También aquello, de cómo para atormentar a los impíos este elemento fue elegido sobre los demás, de modo que, mientras una chispa que salta no puede tolerarse en ningún miembro ni por un momento, las llamas venga-

doras absorban a los miserables hombres que salen de aquí, y la gehenna voraz infinitamente abierta los encierre. Sobre lo cual, ciertamente, el ánimo suministra más que decir, si no me prohibiera demorarme más el compendio epistolar. De cuya ocasión, sin embargo, vuelve ahora algo a la mente que no me pesa anotar brevemente.

Dos hombres de los principales de la ciudad de Faenza, salidos de este siglo hace no poco tiempo, se aparecieron juntos en una visión a cierto diácono, que ciertamente parecían vestidos con casullas de hierro a la manera de los sacerdotes que descendían hasta los talones. Preguntó entonces el diácono: "¿Acaso vosotros", dijo, "que estáis en aquella vida, bendecís continuamente al Señor?". Respondieron: "Nosotros, que somos atormentados en el infierno por el fuego eterno, nunca bendecimos al Señor". Claramente, lo que aumenta el peso de mi solicitud es que aquel hermano que recordamos antes, según se puede conjeturar, estaba entonces de pie cuando mereció el presagio de la revelación; entonces yacía tal vez en alguna culpa cuando incurrió en el peligro. Pues puestos en un lugar resbaladizo, caemos de repente; y ahora somos manchados por el mundo en un momento de tiempo.

De donde también vuelve ahora a la memoria lo que me sucedió oír establecido en otro tiempo en la ciudad de Benevento. El príncipe, pues, de la misma ciudad tenía un presbítero, hombre de santa conversación, e incesantemente asiduo en los divinos oficios y especialmente en la solemnidad de las misas. Mientras este insistía

diariamente con reverencia en los sagrados misterios, un ángel del Señor venía por costumbre y, viéndolo el príncipe, tomaba el sacramento del cuerpo del Señor de las manos del oferente. Pero, ¡oh resbaladiza e incierta condición de esta vida ruinosa!, pues el que disfrutaba de los puros servicios angélicos, cayó de repente en la vorágine de la torpe lujuria. ¿Qué más? Llegó el tiempo de realizar el sagrado misterio, el presbítero es obligado por la costumbre exterior; pero es atormentado por dentro, remordiéndole la conciencia; se adorna, accede, tiembla, palpita, sin embargo presume ofrecer. He aquí que el ángel, como solía, vino y, mirando el príncipe, exprimió una esponja infectada de agua sobre su cabeza y limpió todo su cuerpo frotándolo. Terminados los misterios, exprimió de nuevo la misma esponja y derramó de nuevo sobre todos sus miembros todas las suciedades y porquerías que antes había contraído de su cuerpo. Visto esto, el príncipe se admiró estupefacto y se reunió secretamente con el presbítero, apartados todos. Interrogado, pues, el presbítero si recientemente había cometido algún crimen, primero, ciertamente, como horrorizado por la acción, lo niega; luego, consciente de su malicia y obligado por la autoridad del príncipe, finalmente confiesa que se había derrumbado la noche pasada con una camarera del mismo príncipe.

En la misma ciudad vi de nuevo a un monje cuyo nombre era Madelmo, que ciertamente viviendo en una celda junto al monasterio, era llamado encerrado o solitario. Este me relató que

en el sacrosanto Sábado pascual, que precede al Domingo de la Resurrección, en la iglesia que solía frecuentar, preparó catorce lámparas, más o menos, y puesta agua debajo, vertió aceite sobre todas excepto una. Y cuando las demás estuvieron satisfechas, pero faltando el aceite, quedó una; lo pidió al abad, pero no pudo obtenerlo. Finalmente, no vacilando en la fe, llenó la lámpara con agua, aplicó la luz, la cual ciertamente irradió durante toda la noche no menos que las otras; y aunque es natural al agua que siempre extinga el fuego, aquella lo fomentaba. Entonces el abad, llamado como testigo, se espantó admirado por el signo de virtud y se avergonzó confuso de no haber dado el aceite. Además, se decía que aquel monje había mostrado otras virtudes. Pero, ¡ay de él!, camina seguro con los ojos cerrados y no atiende a los lazos del astuto enemigo. Pues después este cayó en la vorágine de la lujuria, y el que hasta entonces había sido tenido en gran reverencia por el príncipe y los ciudadanos, fue azotado públicamente con varas y se afirma que fue decalvado torpemente bajo una deshonesta burla.

CAPÍTULO VII.

Que es cosa sumamente ardua presidir a otros.

He dicho esto para que conste claramente que en este camino de la vida mortal se ponen muchas asechanzas a los que caminan, el enemigo oculto encubre diversos escándalos, construye muchas trampas, pone diariamente muchos

lazos y trampas ante nuestros pasos. Diganme, pues, los que quieren ser obispos, exponte a regir pueblos. Pero yo, que no puedo protegerme a mí mismo entre tantas espadas y dardos; ¿de qué modo puedo también expedir a otros de los capciosos lazos de las asechanzas latentes? Debe, pues, deponerse la carga que no puedo llevar: y es mejor arrojar el peso que perecer con las cervi-ces rotas con detrimento del Señor, de quien soy siervo. Baste ahora para testimonio solo esto del bienaventurado Jerónimo, que, sin haber pasado todavía una hora, recuerdo haber tenido ante mis ojos. Pues mientras trataba del pastor ocioso de la Iglesia, añadió: "Al punto", dijo, "será herido por la respuesta del Señor indignado: Siervo malvado, ¿por qué no diste el dinero a la mesa, para que yo al venir lo hubiera exigido ciertamente con usuras?" (Lucas XIX). Lo cual exponiendo el mismo doctor inmediatamente, dice, es decir, hubieras depositado en el altar lo que no podías llevar. Pues mientras tú, negociador perezoso, retienes el denario, ocupaste el lugar de otro que podría haber duplicado el dinero. Yo, lo confieso, arrebaté de buena gana este consejo del santo varón y arrojé la carga a la que me veía obligado a sucumbir. Más aún, deposité en el altar el dinero que no podía duplicar, negociador perezoso.

Hubo, hubo un tiempo, pero ya ha pasado el tiempo en que el pudor de la modestia, la insignia de la mortificación, la severidad digna y la censura del genio sacerdotal puedan conservarse. Pues para reprenderme dignamente a mí solo, veis vosotros mismos que al punto, en cuanto

vengo a vosotros, he aquí sales, he aquí facecias, encantos, urbanidades, dicacidades, volúmenes de cuestiones y todas las pestes de palabras vanas irrumpen insolentemente, las cuales nos muestran no ya como sacerdotes, sino más bien como oradores y retóricos o, lo que es deshonesto, como bufones. Pues tan pronto como trabajamos palabras, poco a poco se introducen ciertos halagos de conversación alterna que ablandan indecentemente todo el rigor del ánimo y disuelven la fuerza de la severidad en risas provocadas y bromas torpes. De aquí es que la mente esparcida fuera de sí se confunde, el filo del corazón se embota, la luz del amor divino se apaga, se pierde el terror hacia los otros y la reverencia sacerdotal; y lo que es más peligroso, no se mantiene la línea del recto vivir que debía proponerse a otros como ejemplo.

Pero si nosotros, ya sea por pudor o por miedo, despreciamos declinar en estas cosas, pronto somos juzgados como inhumanos, rígidos y pétreos, engendrados por tigres hircanas (Plinio, lib. VIII, c. 2). Reprimo la pluma. Pues para que se tejan ineptias más torpes, me cubro de pudor, a saber, la caza, la cetrería, además las furias de los dados o de los ajedreces, que ciertamente exhiben un mimo de todo el sacerdote; pero especialmente hacen a los ojos, las manos y la lengua como un mimo verdadero al mismo tiempo, y así ponen en las mesas de los demonios manjares condimentados y que sepan más dulcemente. Aquí, claramente, si me ocurre algo sobre el venerable

obispo de la sede florentina, lo recuerdo y creo que no es ajeno a la edificación.

Mientras yo era en algún momento su compañero de viaje, entrando finalmente en el hospedaje vespertino, yo me retiré a la celda del presbítero; él, sin embargo, se sentó en la espaciosa casa con la turba de los viajeros. Al hacerse de mañana, mi mozo de cuadra me significó que el predicho obispo había jugado al juego del ajedrez. Palabra que, ciertamente, como una flecha, atravesó mi corazón agudísimamente e infligió una herida de indignación. En la hora que me pareció elegida, me reuní con el hombre e invectivo acremente. Tomando, pues, este inicio de discurso, digo: Con mano equilibrada saco las varas, busco infligir golpes si hay quien someta la espalda. Y él dijo: "Que se presente la culpa, no se rechazará la penitencia". "¿Acaso era recto", dije, "y propio de tu oficio jugar por la tarde en la vanidad del ajedrez y manchar con la contaminación de la burla sacrílega la mano oferente del cuerpo del Señor, la lengua mediadora entre Dios y el pueblo? Especialmente cuando la autoridad canónica decreta que los obispos jugadores de dados sean depuestos. ¿Y qué le aprovecha a aquel a quien la autoridad condena eficazmente, aunque el juicio no acceda desde fuera?". Él, sin embargo, haciéndose un escudo de defensa de la diversidad de nombres, dijo: que una cosa es el ajedrez y otra los dados. La autoridad, pues, prohibió los dados, pero al callar concedió el ajedrez. A lo cual yo: "La Escritura no pone el ajedrez", dije; "sino que

comprende el género de ambos juegos bajo el nombre de dados".

Por lo cual, mientras se prohíben los dados y no se dice nada nominalmente sobre el ajedrez, consta sin duda que ambos géneros están comprendidos bajo un solo vocablo y condenados por la autoridad de una sola sentencia. Entonces él, como es de ánimo apacible y de ingenio perspicaz, habiendo dado razones se aquietó humildemente, estableció con una promesa cierta que la culpa no se repetiría en modo alguno y pidió que se le impusiera una penitencia. A quien pronto mandé que recorriera tres veces el salterio meditando y lavara los pies de doce pobres con la erogación de otras tantas monedas y su recreación. Considerada esta razón, que puesto que esta culpa se comete principalmente con las manos y la palabra, lavando los pies de los pobres lavara más bien sus manos del contagio de la culpa: e imprimiendo su boca en las huellas ajenas, reformara para sí la paz con el Señor, a quien había ofendido con bromas lamentables. Hemos dicho esto para que se conozca por la enmienda de otro cuán deshonesto, cuán absurdo, cuán finalmente torpe es esta burla en el sacerdote.

Además, amadísimos, para volver a aquello por lo que me propuse escribir esto, no me seáis molestos en adelante para que deserte del puerto de la quietud al que he regresado por Cristo que gobierna a través de vosotros, y pretenda surcar de nuevo los espumosos montones de las tormentas, los volúmenes abruptos y la vorágine de Escila. Pues aunque yo sea un miserable y él sea

un santo, puesto que mi causa es de algún modo igual a la de Samuel (1 Reyes 8:16), no se profiera una sentencia distinta sobre ambos. Aquel, ciertamente, desertó la dignidad del principado, pero ungió a David como príncipe. Nosotros también, siguiendo su ejemplo, deseamos ordenar al pontífice de la sede apostólica, siendo Dios el autor, y retirarnos inmediatamente de la cumbre de nuestro propio pontificado.

He aquí, amadísimos, mientras he prolongado para vosotros las palabras de un discurso más abundante, he ofendido la regla de la brevedad epistolar. Si alguien, pues, quiere reprenderme de laciniosa prolijidad, reprenda más bien a la caridad impaciente de silencio: ni ignore que allí hay una concisa prolijidad donde el escritor extiende tanto el punto de su estilo corriente que, sin embargo, no despliega todo el voto del pecho lleno. También adjuntamos al final de la epístola a Esteban, a quien llevamos en la mente entre nuestros primeros amigos, y suplicamos que, siendo él memorioso, no sea inmemorable. Que él arrebate al miserable Pedro de las manos de Hildebrando, a cuyo imperio se abrió para el gran Pedro la cárcel de Herodes.

ESCOLIAS

"También parece digno de un temor no pequeño lo que supe por cierto religioso abad de la diócesis de Pisa", etc. Lo que en este lugar narra el santo cardenal sobre cierto siervo de Dios encerrado, que había previsto el incendio por el cual fue quemado en su celda, esto mismo me parece

que es lo que Mariano Escoto expresó con estas palabras (Crónica, lib. III, edad VI, bajo el año 1058): "La ciudad de Paderborn con dos monasterios es consumida por el fuego el viernes antes de Palmas". En el monasterio estaba Paterno de nombre, monje escocés, encerrado por muchos años, que también predijo la conflagración y, buscando el martirio en su celda, fue quemado. El lunes después de las octavas de Pascua, saliendo de Colonia, visité el mismo lugar por motivo de oración, por las cosas buenas que se cuentan de su sepulcro.

Bendito sea el nombre del Señor.